

LA LENGUA LITERARIA MEXICANA:
DE LA INDEPENDENCIA
A LA REVOLUCIÓN (1816-1920)

Rafael Olea Franco



EL COLEGIO DE MÉXICO

ÍNDICE

NOTA DE PRESENTACIÓN	13
INTRODUCCIÓN.....	17
<i>EL PERIQUILLO SARNIENTO</i> (1816-1831)	27
<i>ASTUCIA</i> (1865-1866).....	69
<i>LOS BANDIDOS DE RÍO FRÍO</i> (1888-1891).....	101
<i>SANTA</i> (1903)	135
<i>LOS DE ABAJO</i> (1915-1920).....	165
BREVE CONCLUSIÓN	239
BIBLIOGRAFÍA GENERAL.....	245

NOTA DE PRESENTACIÓN

A fines de abril y principios de mayo de 1951 se celebró, convocado por México, el Primer Congreso de Academias de la Lengua Española, con la presencia de delegados de diferentes Academias de la Lengua, a excepción de la proveniente de España. En principio, esta representación había aceptado asistir al Congreso en la Ciudad de México, pero pocas semanas antes del inicio, canceló su participación. Martín Luis Guzmán evocó en un posterior ensayo que uno de los delegados, Julio Casares, entonces secretario de la Real Academia Española (RAE), sólo explicó haber recibido indicaciones de la “Superioridad” que impedían a la comitiva española prevista viajar a Hispanoamérica. Pocas semanas después, el ministro de Educación de España aclaró que el gobierno de Franco había impuesto una condición para la asistencia de su país: la ruptura de las relaciones entre el gobierno mexicano y la representación diplomática de la República Española, la cual estaba activa en México desde 1939, gracias a la hospitalidad del gobierno del presidente Lázaro Cárdenas y del pueblo mexicano.

Al comentar esta situación, Guzmán enfatizó que las razones aducidas para la cancelación eran ajenas a las normas que debían regir los nexos entre las academias de la lengua, pues se trataba de cuestiones políticas. Por ello, recordó a los participantes al Congreso que las bases para la formación de las Academias Correspondientes, emitidas por la RAE el 24 de noviembre de 1870, establecían que los vínculos particulares entre ellas serían independientes de las relaciones diplomáticas entre los respectivos gobiernos; es decir, en los orígenes de estas instituciones se consideraba que la lengua debería ser un lazo de unidad, más allá de coyunturales situaciones políticas conflictivas.

En particular, Guzmán lamentó la ausencia de sus colegas españoles, porque durante las sesiones del Congreso, con la participación de 22

países (incluyendo delegados de Filipinas y de Estados Unidos), él desempeñó una enjundiosa actividad a favor de una causa que, al editar en 1959 los textos presentados por él para su discusión por los delegados en 1951, recordaba así:

...bajo el rubro común de “Batalla por la autonomía”, hacen un todo, lógica y estrechamente concatenados, los dos discursos mayores que dije en el Primer Congreso de Academias de la Lengua Española —reunido en la ciudad de México a fines de abril y principios de mayo de 1951—, las palabras que dirigí a quienes por aquellos días me agasajaron en consideración de mi labor como delegado al Congreso, y un comentario relativo a las antecedentes y consecuencias de esos tres discursos, representativos de la lucha que hube de entablar para que desapareciesen las condiciones de colonialismo que normaban los lazos de la Academia Mexicana con la Real Academia Española (Guzmán 1984: I, 929).

El colonialismo al que él se refiere es, sobre todo, de carácter lingüístico, pero, en última instancia, incide más en las relaciones institucionales entre las Academias que en el uso de la lengua de los millones de hablantes del español a los dos lados del Atlántico, quienes se siguieron y siguen rigiendo por sus costumbres lingüísticas. En cierta medida, el proyecto emprendido por Guzmán tuvo éxito muchos años después, cuando la denominación de la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Española cambió, en 2001, por el de Academia Mexicana de la Lengua. Al mismo tiempo, se modificaron los métodos para la elaboración del *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia Española (en lo sucesivo *DLE*), de tal modo que hoy todas las Academias tienen voz y voto (aunque no siempre éstos son decisivos para incluir en el Diccionario un registro u otro).

La batalla por la autonomía mencionada por este escritor es de carácter institucional y relativamente reciente. En verdad la lucha (si así puede llamársele, pues muchas veces es inconsciente) de los hablantes comunes

es tan antigua como la llegada de los españoles a lo que después sería la América Hispánica. Incluso se produjo de modo natural, con la presencia de los primeros viajeros españoles (exploradores, adelantados, conquistadores), quienes en estas latitudes tuvieron que enfrentarse a realidades desconocidas, las cuales no sabían cómo denominar. Por ello surgió la necesidad inmediata de conocer y aceptar muchas voces usadas por los diversos pueblos americanos que ahora llamamos indígenas o autóctonos, los cuales poseían una multiplicidad de lenguas que aún se conserva, pese a la pavorosa desaparición —en ocasiones más forzada que natural— de muchas de ellas.

En lo que hoy es el territorio de México, la lengua española entró de inmediato en contacto con otros idiomas, entre ellos, destacadamente, el maya y el náhuatl. Conviene recordar, por ejemplo, que cuando en 1519 Hernán Cortés y su ejército arribaron al territorio de lo que hoy es Yucatán, se enteraron de que desde varios años antes, vivían en esa zona dos españoles: Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, cuya llegada había sido más bien fortuita, como resultado del desastroso naufragio de una expedición salida de Darién en 1511, en ruta de regreso a Cuba. El primero podría ser considerado como el fundador (involuntario) del mestizaje, pues se casó con una mujer indígena, con la que procreó varios hijos; su enraizamiento fue tal, que en 1519 acabó combatiendo a las huestes de Hernán Cortés, así como antes se había enfrentado a varias expediciones españolas (gesta representada, por cierto, en varias obras literarias). En cambio, Jerónimo de Aguilar, con profesión previa de sacerdote, se sumó de inmediato a las fuerzas españolas, a las que resultó de gran utilidad por su conocimiento de la lengua maya; así, Cortés pudo servirse de dos traductores: la indígena a quien llamaron “Malinche” (aunque más bien debería ser algo semejante a “Malintzin”), quien traducía entre el náhuatl y el maya, y Jerónimo de Aguilar, quien trasladaba de esta última lengua al castellano.

Ahora bien, si cualquier lengua está en constante evolución en su propio territorio, sin duda este proceso se acelera cuando se pone en contacto

con otras lenguas y, sobre todo, cuando es manejada por otros usuarios. En México, el español entró en un largo y lento proceso de asimilación, adopción y modificación, influido tanto por medios civiles e institucionales como militares. Este ensayo desea examinar, desde la literatura, uno de los períodos nodales de este dilatado proceso: los usos literarios de la lengua en el crucial lapso que va desde los inicios del siglo XIX hasta principios del XX, el cual coincide con el proceso de la Independencia y con la Revolución; en esta etapa se forjó el México del siglo XX, tanto en sus aspectos sociales como en los lingüísticos.

Aunque quizá sea innecesario, deseo precisar que mi objeto de estudio es la literatura de este período generada dentro de lo que, *grosso modo*, podría denominarse cultura letrada. Por ello están fuera de los límites de este trabajo las expresiones de estricto carácter popular, sobre todo orales, por desgracia tan insuficientemente estudiadas en lo que respecta a esa época, en gran medida por la falta de documentación y de medios de registro verbal. Esta carencia hace más valiosos todavía los testimonios literarios, en particular los generados a partir de una intención artística adscrita a las diversas corrientes del realismo. Las novelas aquí examinadas (de Fernández de Lizardi, Inclán, Payno, Gamboa y Azuela) son apenas una muestra (representativa, espero) del lento y paulatino proceso mediante el cual se forjó una lengua que ahora podemos denominar “mexicana”. Aclaro que el espacio dedicado a cada una de ellas depende de su relación con los objetivos de este trabajo, no de su valor literario (todas ellas merecerían libros completos). Como la lengua literaria aparece siempre dentro de una particular estructura artística, también ha sido necesario referirse a ella en cada caso, así como a los narradores y personajes construidos por los escritores. En las páginas que siguen, intentaré entretener el examen de la lengua usada en las obras literarias, con la descripción de diversos aspectos estéticos de éstas, imprescindibles para comprender las particularidades de la lengua que representan ficcionalmente.